

—Nada de escandalizar. ¿Para qué serviría? ¡Lo detesto! Además, según lo que acabo de oír, sería muy difícil si no me encontrara satisfecho. Solo que la señora Chagny os daba hace un momento un excelente consejo. Debéis seguirlo. Tomad vuestro camino aéreo. Yo voy á alumbraros y tendré el placer de ver cómo os arreglais. ¡Espectáculo encantador! Estad tranquilo; nadie lo verá más que nosotros.

Y he aquí como dada la media noche, el barón de Saint-Aubin, alumbrado por su amigo Melchor Chagny, que llevaba un candelabro de diez bujías con una complacencia extrema, atravesó de nuevo el muro que separaba los dos hoteles, echó su escala, y volvió á su casa seguido por la carcajada del vecino, que le decía:

—¡Adios! ¡Buenas noches, querido, y no me guardéis rencor!

El barón pensaba por su parte:

—¡Yo buscaba una coartada incontrastable y resonante!... ¡Ya la tengo!

La señora Chagny volvió á casa seguida de su marido, que la acompañó hasta la puerta de su habitación.

Allí él la cogió una mano, y dijo:

—A fe mía sois una perla, y debiera vivir á vuestros pies.

Ella contestó retirándola:

—Eso sería muy molesto para vos y para mí. Buenas noches, amigo mío.

Entró en su cuarto.

El marido oyó girar la llave en la cerradura, hizo un gesto de resignación y se fué á su habitación.

La aventura pudo tener un fin trágico.

Pero lo tuvo grotesco.

Los dos vecinos quedaron satisfechos.

VI

Un rayo de luz.

Cuando el general Fugeret bajó de la habitación en que yacía el marqués de Caylus, no dijo más que estas palabras:

—No queda nada que hacer. Está muerto.

Su rostro no expresaba ni emoción ni sorpresa.

Había visto demasiados cadáveres en los campos de batalla, para no estar acorazado contra tales espectáculos.

Solo se preguntaba cuál había sido la causa de aquel drama y cómo se había producido.

Aquella lujosa casa destinada al placer, aquél joven asesinado en medio de la noche, aquella joven, no solo tan sencilla, sino casi pobremente vestida, que imploraba socorro con lastimosa voz, alocada por una muerte de la que debía de haber sido testigo, le daban en qué pensar.

—¿Qué debo hacer?—se preguntaba.

Todo permanecía en silencio en el jardín y en la calle.

El vestíbulo seguía alumbrado por un mechero de gas.

Aurora permanecía sobre su silla con la cabeza caída hacia atrás.

La luz del gas daba de lleno sobre su cara.

De pronto, el general, que se había parado delante de ella y la examinaba con atención, se estremeció.

Como el barón Máximo cuando vió á Aurora en el parque de Auvignac, se decía:

—¿Dónde he visto yo esta cara?

Y casi en seguida murmuró.

—¡Dios mio, este parecido!

José María, sorprendido por la expresión de las facciones de su amo, le preguntó:

—Pues bien, mi general, ¿qué hacemos? ¡Si el pobre hombre ha muerto no necesita nada!

Santiago Fugeret, repuesto de su primera emoción, se inclinó sobre la cabeza de Aurora.

—¡Animo! ¡hija mia venid! la dijo.

Aurora hizo un esfuerzo y se levantó.

Y sostenida por el general y José María, se dirigió hacia la puerta de la calle.

Marchaba con paso incierto; su vista se oscurecía y la parecía que su corazón iba á dejar de latir.

La calle Vanneau estaba más desierta que nunca.

El general cerró la puerta del jardín y entró en su casa.

Esta se componía de cinco piezas, de las que, dos eran bastante grandes.

Había una cocinita, un comedor, un cuarto para el asistente, una sala que servía de despacho y un gran dormitorio.

Sobre una mesa, cargada de papeles, estaba colocado un quinqué.

Aurora, medio acostada en un ancho diván en el que el general la había hecho acostarse, permanecía inmóvil.

José María consultó al general con los ojos.

La joven chocaba los dientes como si estuviera dominada por el frío de la calentura,

El general cogió un vaso, echó en él agua y buen vino de España y acercándolo á los labios de Aurora la dijo.

—Bebed, hija mia. No temáis nada. Yo no os abandonaré.

Aurora obedeció.

El general, con acento de paternal bondad, la preguntó:

—¿Cómo os llamáis:

Ella murmuró muy bajo:

—Aurora Milton.

El general estuvo á punto de dejar caer el vaso que tenía en la mano.

—¿Decís?...—preguntó de nuevo.

—Aurora Milton.

—¿Dónde vivís?

—Calle de San Andrés de las Artes.

—¿En qué os ocupáis?

—Trabajo.

—¿En qué?

—Estos últimos tiempos vendía periódicos.

—¿En qué sitio?

—En el boulevard San Germán.

—¿Decís que vivís en la calle de San Andrés de las Artes?

—Sí.

—¿Con vuestros padres?

—No, sola.

—¡Sois muy joven, sin embargo!

—Tengo diez y ocho años cumplidos...

Y añadió:

—Cuando he dicho sola, me he equivocado... Vivo con una de mis amigas y una vieja criada...

—¿Qué hace vuestra amiga?

—Nada.

- ¿Qué edad tiene?
 —La mía, poco más ó menos.
 —Si no hace nada, será rica.
 —¡Oh! no.
 —¿Entonces?..
 —Está enferma desde hace mucho tiempo.
 Hubo un silencio.

El general, mientras interrogaba á Aurora, tenía los ojos fijos con avidez en ella.

Parecía tan débil, se comprendía que sufría tanto, que no se atrevió á hacerla una pregunta que le quemaba los labios:

—¿Qué ibais á hacer á esa casa á una hora tal?

Temía la respuesta.

¿Por qué?

Después de todo, la razón le decía que aquella joven no era, no podía ser más que una extraña para él, la había llamado la atención el parecido que la encontraba con Magdalena de Arvil, pero aquel parecido podía ser fortuito, casual.

Además, ¿existía ella en realidad?

¿La idea que le había ocurrido en seguida, no sería un efecto de su imaginación, que veía por todas partes á la mujer en quien no cesaba de pensar?

¿Y aquel nombre de Milton, que le recordaba la villa de los alrededores de Lugano, donde la señorita de Arvil había dado á luz á su hija perdida, por qué no lo habían de llevar otras?

Por fin, ¿no era una crueldad molestar con preguntas á una joven desfallecida, asustada aun por la terrible escena que acababa de desarrollarse ante sus ojos?

El general se detuvo.

Pero lo que le retenía sobre todo era el temor de ver borrarse como una ilusión, la repentina esperanza que había hecho saltar su corazón cuando, en un rayo de luz, había reconocido en la cara adorable de aquella joven las facciones de Magdalena, y cuando había pronunciado aquel nombre que instantáneamente se había grabado en su cerebro.

—¡Aurora Milton!

¿Además, qué prisa tenía él ahora?

¡La tenía en su poder!

No la dejaría salir de allí antes al menos de haber aclarado el asunto.

Y para esto no sería á ella á quien preguntaría.

¿No acababa de hablar de una amiga de su edad y de una vieja sirvienta que vivían con ella?

Estas debían saber todo.

A ellas sería á quienes se dirigiría.

Y de pronto pensó en aquel muerto que yacía en el suelo, en el pabellón aislado en medio de aquel jardín que estaba enfrente.

¿No tenía un deber que cumplir?

¿No debía advertir á la policía?

Pero en ese caso, se vería obligado á decir cómo se había enterado del asunto.

¿Crimen ó suicidio?

Crimen más bien.

El general había comprendido desde luego que el marqués había sido asesinado.

La bala le había atravesado el cráneo.

La muerte debía haber sido rápida como el rayo.

Suponiendo que el marqués se hubiese sui-

cionado, se hubiese encontrado el arma á su lado, al alcance de su mano.

Había sido, pues, víctima de un asesinato. ¿Qué papel había desempeñado aquella joven en este asunto?

El general no dudaba que ella estaba inocente en el asesinato.

Hacer intervenir desde luego á la policía, era hacer traición á aquella desgraciada, denunciarla, por decirlo así, marchitar su honor.

Porque ¿cómo explicar su presencia en aquella casa?

Sin embargo, era preciso obrar.

El general se sentó muy cerca de Aurora, y la preguntó casi con ternura:

—¿Conociais á ese joven?

—Sí.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—Desde hace cerca de un año.

—¿Se llama?

—El marqués de Caylus.

—Es un apellido célebre. El señor de Caylus ¿es rico si no me engaño?

—Sí.

—¿Y decís que trabajáis?

—Sin duda.

—¿Luego sois pobre?

—Muy pobre.

—Es preciso advertir á la familia de ese joven. ¿Donde está?

—La señora marquesa de Caylus vive calle de Santa Dominica, hotel Caylus. El marqués tiene un hermano que vive con ella. Se llama Jorge.

Se la acababan las fuerzas.

Cerró los ojos y se desmayó.

El breton tenía un corazón compasivo.

—No se puede echar á la calle á esta joven —dijo.— Voy á prepararla cama.

—Vé.

El general indicó con un gesto su habitación.

Cuando se quedó solo con Aurora se puso de rodillas al lado de ella.

La contemplaba con una indecible emoción, atraído hacia aquella joven desconocida por un imán irresistible. La oprimía las manos y murmuraba á su oído palabras cariñosas, tratando de hacerla volver en sí.

—Esto no es nada—decía—un poco de debilidad, pasará pronto.

Aurora no tardó en recobrar el conocimiento y balbució:

—¡Tenéis razón, es debilidad, la emoción...

—¿Presenciásteis tal vez?...

Aurora replicó con viveza:

—No, no. Todo había concluido cuando yo entré... ¡No respiraba ya!

—¿No visteis nada?

—Nada.

—¿Ni visteis á nadie tampoco?

—No... á nadie.

El general no insistió.

Aurora se dejó caer de nuevo sobre el diván.

Fugeret se levantó, sin saber que hacer.

—Soy un mal enfermero—dijo descontento de su torpeza.

Fué á coger el vaso medio lleno de agua y se lo ofreció.

Ella lo cogió con avidez y lo vació de un trago.

—Ahora que estoy mejor —suplicó,—dejadme marchar.

—¡Oh! no.

—¡Me esperan!

—¿En vuestra casa?

—Sí, mi amiga, la enferma. ¡Se morirá de inquietud!

No era esto lo que quería el general.

—No—dijo,—vos no os separaréis de mí. Pudiera ocurrirnos una desgracia. Os retengo por vuestra seguridad. Mañana, en cuanto amanezca, iré yo mismo á ver á vuestra amiga... Entretanto, voy á ponerla cuatro letras para tranquilizarla.

José María se presentó de nuevo.

—Está preparada, mi general—dijo.

—¿Entonces?...—preguntó Aurora.

—Sois mi prisionera... Seremos dos á cuidaros.

¿Qué podía ella objetar?

La terrible prueba á que acababa de ser sometida la había trastornado.

No se atrevió á resistir.

Además, la leal fisonomía del amo y del criado la inspiraban confianza.

—He aquí vuestra habitación, hija mía—repuso Santiago Fugeret.—Dormid en paz. Nadie turbará vuestro sueño. ¡Hasta mañana!

Aurora se resignó.

Ya no tenía fuerzas: sus ideas eran confusas; su razón se debilitaba.

José María entró con ella en la habitación y la dijo:

—Esta es la cama de mi general. No se ha acostado en ella todavía. Es el primer día que pasamos en esta casa... Estad tranquila... Po-

déis fiaros de él... ¡Es el rey de los hombres! La mostró la botella del agua, el azúcar y el tocador.

—Si necesitáis algo, no tenéis más que llamar—la dijo.—Estoy á dos pasos de aquí... Vendré... Me llamó José María.

El general estaba en el salón y escribía en estilo telegráfico:

«Enviad sin pérdida de tiempo á casa del marqués de Caylus, calle Vaneau. Muy urgente.»

No firmó y dió el papel á José María, diciéndole:

—Al hotel Caylus, calle de Santa Dominica. En seguida.

—Está bien, mi general.

—Entregarás esto al portero.

—Sí, mi general.

—Nada de explicaciones.

—No, mi general.

—Espera,—repuso el amo.

Cogió una tarjeta suya y escribió:

«Estad tranquila. Mañana por la mañana os daré explicaciones.»

Puso la dirección.

«Señorita de Solmes, calle de San Andrés de las Artes.»

Y dirigiéndose al bretón:

—Vas primero á la calle de Santa Dominica.

—Está bien, mi general.

—Después á la de San Andrés de las Artes.

No hay contestación. ¡Al galope!

El bretón era esclavo de la consigna.

Salió á paso ligero.

El general se acostó en el diván y se puso á pensar, prestando atento oído para no perder

el menor ruido de la habitación inmediata. Anhelaba vivamente que transcurriera la noche.

¡El misterio enfrente del cual se encontraba, torturaba su espíritu; sin embargo, sentía en su corazón una esperanza, en la que apenas se atrevía á pensar.

¡Si fuese ella!

¡Qué alegría!

¿Pero era verosímil esto?

No tardó en abrirse la puerta; entró José María sofocado.

Habia ido corriendo.

—¿Y bien?—preguntó el general.

—Está hecho.

—¿A quién entregaste el papel en la calle de Santa Dominica?

—A un portero de seis pies de alto.

—¿Estaba durmiendo?

—Como un lirón. Por poco rompo la campanilla.

—¿No hizo observaciones?

—«¿De parte de quién?» me preguntó. Pero como el general me había encargado el silencio, no le contesté.

—Está bien. ¿Y en la calle de San Andrés?

—Entregué vuestra carta á la misma señorita.

—¿Guapa?

—No lo sé. ¡Estaba tan oscuro!...

—Está bien.

—¿Quiere el general que le prepare una cama?

—Es inútil; pasaré aquí la noche—dijo mostrando el diván.—No necesito más.

José María no hizo ninguna objeción.

Conocía á su amo. No debía insistir.

Se dirigió á su cuarto.

Pero en el dintel del salón se volvió y preguntó:

—¿Y la señorita?

—¡Vé á ver... pero sin ruido!

El bretón entreabrió la puerta, se deslizó en la habitación, se acercó á la cama y dijo en voz baja:

—El general desea saber si necesitáis algo.

—No, gracias—contestó Aurora.

José María cerró la puerta é hizo á su amo una seña que quería decir: Estad tranquilo; todo va bien.

El general se acostó entonces completamente vestido en el diván, pero no durmió.

De cuando en cuando se levantaba, se acercaba á la puerta y prestaba oído, escuchando con la ansiedad de un padre que vela á la cabecera de un hijo enfermo.

A cosa de las dos de la mañana oyó ruido en la calle, idas y venidas de gente que entraba en la propiedad de Caylus ó salía de ella.

La noche le parecía interminable.

Por fin llegó el día.

Y entonces contó las horas y los minutos esperando el momento en que pudiera presentarse en la calle de San Andrés de las Artes y ver á aquella amiga de Aurora, quien le diría lo que él ardía en deseos de saber.

A las siete llamó á su asistente, y mostrándole la puerta de la habitación de la joven, le dijo:

—Salgo. Vas á quedarte vigilando aquí hasta mi vuelta. Que nadie entre ni salga. ¿Entiendes?